SMB – Ciprina, los gritos del Llano. Escenas 1 a 4

1

 Te escribo para contarte que fui a verlo morir.

 No acudí por venganza, no soy rencorosa de naturaleza, y el mucho mal que me hizo ese pendejo queda ya muy lejos. Mucho menos por amor: hace demasiado tiempo que no lo quiero. Ni por escarnio, ni por orgullo ante su familia miserable, ni por curiosidad.

 ¿Que lo quise? Sí, lo quise.

 Me lavé la sangre en el estero. Y las vaquitas me lamieron las heridas hasta curarlas. No, chica, no, no me las chupé yo sola.

 Ahora quiero contarte que lo veo morir, día tras día, y que nadie se atreve a impedirlo. Y que él sabe que yo le estoy viendo morir.

 Postrado aguarda en un catre la llegada del mensajero de la noche, las más de las veces la boca abierta, como un sapo cojo dispuesto a dar el último salto.

 No creas que velo esa agonía. Me limito a gozarla. Verlo morir, qué placer más intenso, chica. Yo voy desde mi hotel cuando me da la gana. Cruzo la plaza del Comendador, doblo por la calleja del Rebenque, llego al portón con aquellas aldabas como mazas, y subo hasta la puerta franca de los tronados Santa Cruz.

 Un día tras otro, todos los días, querían impedirme el paso.

 A menudo me acompaña mi prima Anita, la recordarás de niñita, la hija del primo Calpurnio, muy linda la beba. Le obligo a vestir ligera, transparente, sólo por el gusto de provocarles más desarreglo en medio de la agonía. ¿Hay más desazón de contraste que un pecho redondo y mediano de una mujer de veinte años, mi Anita, la morocha, un pecho adivinado en la gasa, frente a un cuerpo encogido por las fiebres para el gorigori?

 Te contaré cómo se muere de a poco, yo te escribo y tú respondes.

 Te adelanto que una vez, entre las fiebres, me llamaba para que le diese yo misma muerte, y no respondí, sino que salí al corredor con Anita, y allí nos pusimos a relatar chascarrillos, por el gusto de reírnos mientras él se moría. Y yo chillaba: nos vamos a joropear. Y la pequeña Santa Cruz, esa víbora que tenía por hermana, salió a recriminarnos nuestra risa, no les da vergüenza, hay un moribundo. ¿Recuerdas a Clara Amalia, la pequeña? Alta, chupada, enjuta, huesuda. Casi como el mismito difunto. Ay, no, que aún no es difunto. Ja, ja, ja. Mas lo será. Tenías que haberla visto, como un cuervo, negra y seria: no se te cae la cara de vergüenza, Ciprina, me dijo. Y aquello nos dio todavía más risa, se explica facilito por qué, y tanto Anita como yo ignoramos a la sabandija aquella, vestida de cuervo, y nos fuimos con estruendo de risas.

 Esto y más cosas te contaré, que ya verás si no me vacío como una tapara, y queda con Dios, Candelitas, que se acuerda mucho de ti y te besa, esta tu buena amiga, Ciprina.

2

 Hablé con él. Y él me habló. Te despierto sólo para decírtelo. Ay, Gertrud, alma mía, tú sabes cuánto deseaba que me rozara una palabra suya. Tú sabes lo que he envidiado a esas gacelas de mucho rango y poca raza. Raza, la mía, lo sabes bien, Gertrud. Yo soy de raza, y ellas sólo de buena casa. Mi casa, con ser mala, es de raza. Mi raza, con serlo, es raza para pelear, para montar y correr.

Y soy la nieta de un dios.

Hablé con Chuco Santa Cruz.

Y él me habló. Y me acarició el pelo, y me tocó la mejilla. Delante de todos los criados, esos que me trataban como si yo pudiera ser la novia de alguno de ellos. Novia, yo, de un criado. Ciprina, la hija del herrero que desciende de los dioses, el herrero que por un castigo habitó entre los hombres, como Cristo, para padecerlos y comerse el orgullo de compañero de Ganímedes y de Heracles. Mas yo, Ciprina, su hija, estoy aquí para que me quiera el amo. No para hacerme su querida, sino para alzarme por él hacia los cielos que le corresponden a mi abuelo, y que perdió por una culpa.

Yo, hija del herrero, recibo la caricia de un semidiós.

Y las chicas de la aldea me miran asombradas, y unas me envidian con odio, y otras dicen, con ahogo: dale gracias a Dios sólo por esa caricia. Mas yo no me conformo con caricias, y no voy a serle complaciente al Santa Cruz. No, que me busque, que me abacore, que persevere, que me embista como un toro por los callejones y los chiqueros.

Que me conquiste. A mí, vaquita.

*Vaquita que me desmayo / mientras pastas junto al río / sabrás que ella me ha olvidado / sabrás que yo la he perdido*.

Que yo lo veo y se me ponen los pezones como aguacates.

Él no tiene por qué saberlo. Yo hago que no me importa.

Es un honor que el amo te mire y te toque, pero no más allá, que una es honrada, una mujer del pueblo, y en el pueblo quiere encontrar su hombre, no un amo que te use como a esas dos, las Gacelas, que maldecirán el día en que el herrero me puso de simiente en el vientre de mi madre.

Y entonces, yo reiré.

Ahora, duerme, Gertrud. Eres mi hermanita del alma, como si hubiéramos nacido de la misma madre.

Y conmigo medrarás.

No te alejes de los mortales, de la gente de la aldea y del rancho. Pero estate siempre cerca de mí. Cerca de la nieta del dios desterrado. Que al volver a los cielos sabrá recompensar a quienes le fueron fieles en la tierra.

Como tú, Gertrud, pequeñita, dulce, linda Gertrud.

3

 Ahí fuera espera el pelirrojo Sternfeld. ¿Lo conoces? De fama.

 Él, no, su hueste.

 Yo lo visito, me dejo convidar a güisquis de malta, a champán francés, a vinos chilenos. Nada quiere por la fuerza, pero su fuerza es mucha.

 Él no, su hueste.

 ¿Acabaré amarradita a él?

 Qué me importa. Me defiende de los Santa Cruz y del vecindario. Todos le tienen miedo. Y a mí de paso.

 Bueno: a él, no, a su hueste.

 No iba sola con Anita al caserón de los Santa Cruz.

 Afuera quedaba Sternfeld. La gente del pelirrojo Sternfeld, que dicen que es un serrano, hijo de un judío polaco que llegó acá pobre como las ratas y se hizo con estancias en la sierra y en el Llano, que manda en estos pueblos, y que nada quiere saber de Caracas.

 En el campo hay muchos animales dañosos, y es que no hay iglesia, así que anda el enemigo suelto. Así que necesito a Sternfeld. Así que allá me aguarda.

 Por una vez, no es un macho brutal. Es refinado. No me quiere por la fuerza, sino de grado. Y me halaga, y me requiebra, y me corteja. Me silba como a una iguana.

 […]

 Tú tienes que saberlo, Candelas, porque eres muy bella y has apetecido siempre a los hombres, aunque supiste elegir. Cuando despuntan las formas, cuando se insinúa el pecho y los hombres, por vez primera, te miran con codicia, lo que sientes es temor, vergüenza, pudor, una desazón que te hunde en tu soledad, muy parecida a la que sentiste el día que echaste afuera la primera sangre. No es el momento, aunque así lo haya puesto algún mal poeta macho en boca de inventadas mujeres, de ponerse calculadora y decirse, mira tú, de ahí puedo sacar tajadita. Eso viene mucho más tarde, de momento ves los ojos turbios de los hombres, sus ceños fruncidos por un estupor nuevo, sus narices que resoplan, ocultos los dientes prietos que lamentan no arrancarte el vestidito de niña. Sientes miedo, y no sabes qué hacer para no sentirlo. Te ves frágil, vulnerable ante ese nuevo enemigo, insospechado, que se añade a los escorpiones, a las macaguas y a la calentura.

 Y aunque no te hagan nada, ya te miraron como flechas ponzoñosas.

 Y mientras te miran, el mal está hecho, el tóxico penetró. Te miraron así, y te sientes como una bestezuela con aparejo. Tienes que saberlo. Todas las mujeres que llamaron la atención de un hombre lo saben. No lo contamos nunca, y lo sabemos todas.

 Hoy quiero que lo recuerdes, porque fue muy importante para mí.

 Años antes, por aquellas miradas y aquel miedo que me sobresaltaba el corazón, me estaba preparando, claro que sin saberlo, para tropezarme en la vida con el Chuco Santa Cruz. Anhelaba la tía Matita que me preparase para un cacique, para un propietario de ganado. Ganado, yo misma. Pero fui a parar con Santa Cruz, bigote y patillas de chulo, de niño cabrón.

 […]

 Pero bien sabes que ésta que te escribe ya no es la barragana de Silveira. Ahora soy libre, y lo pensaré antes de poner mi cuerpo, harto codiciado, a disposición de otro ansioso.

 Te escribo, libre y con posibles, desde un hotel de Barranca, donde me llegan ecos de una matanza de siervos a manos de los Silveira, aunque él está más que muerto.

 Después de eso, ¿crees que siento deseos de amontonarme con Sternfeld o con quien sea?

 Pero ¿y si se me encampana? ¿Qué podría hacer yo…? (*Ríe*.)

 Eso, Dios dirá… Yo a lo que vengo es a verlo morir. A Chuco Santa Cruz, digo.

 Si murió el uno, pues que muera el otro.

 Me defiende Jacobo Sternfeld. Él no. Su hueste.

 ¿Me comprendes, Candelas, hermana?

4

 Niña Anita, no tengas miedo.

 Se está muriendo, no puede hacerte nada.

 Míralo, enflaquecido y seco como un guanacho en febrero, como una estaca. Aguado, consumido por la muerte.

 Qué te importa lo que diga ese buitre que lo cuida. Te quitas el corpiño, te bajas el sostén, y le enseñas a él y a la concurrencia tu pecho y tus insinuaciones.

 Así, pequeña Anita, cuerpo de diosa y de santa, cuerpo de barragana de rico que él ya no puede comprar. Así, enséñaselo a todos, que rabien, y que rabie el moribundo.

 Ustedes nada tienen que decir. ¡Silencio! Son cosas entre el muerto y yo. ¿Que no? No importa, si no está muerto hoy, lo estará mañana. Anita es mi hermana, y ella está aquí para darle visiones finales al moribundo, que siempre amó los pechos enhiestos, los culos prietos, los labios de fruta jugosa como los de Anita. Y los míos, que nadie los tuvo como yo los tuve, y él bien que lo sabe, si no lo ha olvidado ahora que agoniza entre jadeos, qué distintos jadeos a aquellos jadeos, madrecita mía. Ja ja ja ja. Déjenme reírme, y miren a Anita, y mírenme a mí. ¡Y miren al muerto! Ja ja ja ja.

 […]

 ¡Pero qué hacen…!

 ¡Suéltenla!

 ¡Anita!

 Chuco, ¿qué haces?

 Chuco, ¡acaso no te estabas muriendo!

 ¡¡No!! ¡¡No!!

 (*Grito de horror. Cae por el suelo. Tras un silencio, trata de recuperarse*.)

(*Apenas se levanta. Jadea mientras dice lo siguiente*.)

 Candelas, hermana mía, te escribo para decirte que no se quiere morir.

Te escribo para decirte que ha resucitado. Que se puso montaraz cuando nos vio entrar. Le ayudaron los suyos, que esa noche no le tuvieron miedo a los de Sternfeld, o qué sé yo. Lo alzaron, lo apoyaron, lo sostuvieron los suyos, vengativos, y embistió contra Anita y allí, delante mío, que me tenían sujetá, la poseyó…

¡Allí mismito la violentó mientras los suyos a ella le tapaban la boca y a mí me agarraban de los brazos!

Maldito sea, ahora que se va a morir, por mucho que resucite.

Ahora.